"ne á mí y no aborrece (relativamente) á su padre, "su madre, su mujer, sus hijos, sus hermanos, y "hasta *su propia vida*, no puede ser mi discípulo. "El que quiera salvar su vida la perderá, y el que "pierda la vida por mi causa, la salvará.... La "puerta del cielo es angosta. ¡Ay de los ricos (es "decir, de los que están muy aficionados á los bie-"nes mundanos)! Es mas dificil á un rico entrar "en el reino de los cielos que á un camello pasar "por el ojo de una aguja.... Muchos serán los "llamados, pero pocos los elegidos."

Esta es la *faz horrible* del Evangelio de que habla Bossuet, y sin embargo el que nos la ofrece es el mismo que nos dijo antes: *Tomad sobre vosotros mi yugo, y hallaréis el reposo de vuestras almas, porque mi yugo es suave y ligera mi carga.* ¿Quién no descubre desde luego el nudo de esta aparente contradiccion? ¿Quién no vislumbra al través de todos estos aparatos de sacrificio y de muerte la libertad y la vida, y sobre todo el amor, el amor divino, dirijido á su verdadero y legítimo foco, á pesar de todos los obstáculos que le habia suscitado su propio estravío?—El Evangelio es todo amor.—"Yo vine á traer el fuego (del amor) á "la tierra, y ¿qué he de querer sino que este amor "lo abrase todo?"

Por esto, desde que penetró este sentimiento en el corazon, la salud se hizo fácil y rápida, y la faz del Evangelio, de dura y repugnante, se convirtió en amable y tierna:—"Marta, Marta, tú andas de-"masiado afanosa, y te tomas demasiado cuidado "por muchas cosas, cuando *una sola* es necesaria, "y María ha escogido la parte mejor.... María "estaba sentada á los piés de Jesus oyendo las pa-"labras que salian de su boca."—Aquella puerta del cielo, poco antes tan angosta, se ensancha luego estraordinariamente para dejar libre paso, ¿á quién?.... *á los publicanos y á las prostitutas.*—"En verdad os digo, que los publicanos y las pros-"titutas os adelantarán en el reino de los cielos." —Los pecadores forman como la escolta del Salvador, que los reune de todos los caminos estraviados en que se hallan perdidos.—He venido, decia, á "salvar todo lo perdido."—Los admite tambien á última hora como á los *operarios de la viña*, y les da la misma paga que á los que sufrieron todo el peso del dia y del calor. Los espera, y hasta sale á su encuentro con los brazos abiertos, como el padre *del hijo pródigo.* Emprende largos viajes para buscarlos, como el buen *pastor* que deja sus noventa y nueve ovejas para ir en busca de la fugitiva, y llevarla al rebaño cargada sobre sus hombros. Una sola lágrima de arrepentimiento y de amor basta para hacer de una prostituta una santa y de un ladron un predestinado. *Se le condonó mucho porque amó mucho.* Nada hay perdido para el cielo; todo nos puede facilitar su entrada desde el momento que esté vivificado por la caridad y la fé.—"En verdad os digo, que *un solo vaso de agua fria*, dado *en mi nombre* á uno de los mas miserables, no quedará sin recompensa."

En fin,—"*amaréis al Señor, vuestro Dios, con "todo el corazon, con toda el alma, con todas las "fuerzas;*—este es el primero y mas grande manda-"miento. El segundo es semejante al primero.— "*Amaréis á vuestro prójimo como á vosotros mismos.* "—En estos dos solos mandamientos está recopila-"da la ley y los profetas."

Despues de haber así trazado el cuerpo de su doctrina, queriendo el Cristo dejar impresa en nosotros la persuasion de su divinidad, apela á la mas decisiva de todas las pruebas, LA ESPERIENCIA, y echa, por decirlo así, el guante á la incredulidad: —"El que quiera hacer la voluntad de mi Padre "conocerá si mi doctrina procede de él, ó si hablo "por mi propia autoridad."

Y para mas facilitarnos esta esperiencia, nos da un grande ejemplo de amor á Dios y á los hombres, inmolándose por ellos á su justicia, á fin de que, reconciliados por su saludable mediacion, y unidos con él y por él á su Padre como una familia de hermanos, podamos repetir juntos esta oracion bajada del cielo para conducirnos á él:

"PADRE NUESTRO, que estás en los cielos;
"Santificado sea tu nombre;
"Venga á nosotros el tu reino;
"Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.
"El pan nuestro de cada dia dánosle hoy,
"Y perdónanos nuestras deudas, así como noso-"tros perdonamos á nuestros deudores.
"Y no nos dejes caer en la tentacion,
"Mas líbranos de mal. Amen."

¡Qué moral! ¡Qué doctrina! ¡Qué luz tan divina! ¡Qué salud y qué gloria para el linaje humano!... Pero ¡qué revolucion en todas las ideas! ¡Qué trastorno en todas las concepciones del humano espíritu! ¡Qué subversion de toda la naturaleza terrestre!... ¡Qué! ¿todos iguales, todos hermanos? ¡El esclavo al igual del dueño, el niño en parangon con el filósofo, el publicano al lado del fariseo!—¡Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que son perseguidos!— ¡Perdonar las injurias, y perdonarlas siempre; amar á sus enemigos, y amarlos tanto como á sí mismo! —¡Humillarse, renunciarse á sí propio, llevar una cruz, morir á todo para poder vivir, perderse para salvarse, abandonarlo todo para todo poseerlo!... Cuando la Sabiduría eterna hizo salir el mundo del caos, y todos los elementos confundidos se dividieron y se colocaron en el lugar que les estaba señalado, la luz en el firmamento, las aguas en el abismo de los mares, el aire en el espacio, y apareció la *árida* balanceándose sobre su doble polo, radiante de virginidad y lozanía, la Sabiduría eterna no se manifestó mas visiblemente que cuando, bajando á habitar entre nosotros, hizo tambien salir el mundo moral del caos del espíritu humano, trastornando y disipando nuestras falsas concepciones, colocando en el cielo lo que nosotros habiamos creido propio de la tierra, y precipitando al abismo lo que habiamos divinizado, dando el nombre de felicidad á los males y de desgracia á los bienes verdaderos; la Sabiduría eterna, decimos, se presentó de modo que pareció á todos los mundanos una insigne locura.

En nuestros dias empero en que el Evangelio, en fuerza de producir tantos frutos de vida, ha conquistado ya el corazon de tantas naciones y ha estendido sus ramas por toda la tierra, conocemos manifiestamente toda su divina sublimidad, y descubrimos en él una perfeccion absoluta que confunde todos nuestros vanos paliativos de moral y nuestros fantasmas de legislacion. Su ley es la del amor, y por consiguiente no se pára en la superficie sin poder reformar al hombre interior. No detiene las manos y deja al corazon sin reforma, sino que es pura en todo, en lo secreto mas aún que en lo visible. Nunca se ve obligada á tolerar nada á causa de la dureza de corazon de los que quieran observarla; porque su primer efecto es ablandar el corazon é infundirle docilidad. Restituye al matrimonio su primitiva institucion y su primera unidad. No autoriza la venganza; antes al contrario, la prohibe siempre. No prescribe el uso del juramento, pero lo hace inútil haciendo sinceros á todos los hombres. No solo condena el adulterio, sino que anatematiza hasta su deseo. Borra la diferencia entre el amigo y el enemigo, haciendo que entrambos se amen, y junta la distancia que hay entre el esclavo y el dueño, dándoles un señor comun á los dos. Reprime los deseos de la concupiscencia, y estingue y aniquila su fuente. No habla nunca de recompensas temporales; al revés, nos aconseja dejarlo todo para tener entrada franca en el cielo. En una palabra, esta ley convierte á los hombres y renueva la faz de la tierra.

CAPITULO III.

DIVINIDAD DE LA MORAL EVANGÉLICA.

§ I.

"EN moral, solo el Evangelio es siempre seguro, "siempre verdadero, siempre único y siempre se-"mejante á sí mismo.... La inteligencia nos di-"ce que conviene á los hombres observar sus pre-"ceptos, *pero que no está á su alcance el conocer-"los* (1)."

Estas palabras del filósofo de Ginebra encierran una verdad muy ecsacta.

I. En efecto, por poco aficionados que seamos á la belleza moral, es imposible que no nos enamore lo que tiene de *absoluto* la perfeccion de la moral del Evangelio. Esta es su señal característica, y esta señal es la de todas las obras de Dios.

Los hombres no pueden hacer nada que no sea relativo, contingente y finito. Con frecuencia han procurado crear sistemas de moral y de legislacion, en lo cual han dado muestra de su fecundidad; pero si se ecsaminan unos y otros todos esos sistemas, no encontrarémos ni uno solo que, para obtener un bien cualquiera y á veces quimérico, no consagre males reales, y aun que algunas veces no los haga nacer donde no los habia. No encontraréis uno solo cuya utilidad no se halle circunscrita á circunstancias de tiempo, de lugar, de personas, y que fuera de estas circunstancias no sea un mal con frecuencia mayor que el que se proponia remediar. Los hombres no pueden hacer entera abstraccion del mal en sus obras, porque llevan su gérmen dentro de sí mismos, y lo mas que pueden hacer es mudarle de sitio: *Minima in malis*, es su divisa.

Si hay, pues, un sistema de moral *absolutamente* perfecto, que satisfaciendo todas las necesidades morales de la especie humana, corrija todos los vicios sin transijir con ninguno, y que sea igualmente bueno para todos los tiempos, todos los lugares, todos los hombres y todos los mundos reales y posibles, y que ni aun en el cielo ni en el seno de la divinidad se debilite su esplendor é importancia; en una palabra, que sea perfecto como la misma perfeccion y absoluto como la verdad; si encontramos este sistema y lo ponemos en práctica, habrémos salido de la esfera de las concepciones humanas, y habrémos infaliblemente dado con la obra de Dios.

Pues bien, todo esto es el Evangelio, todos estos caracteres los posee en la mas alta perfeccion posible.

II. Estas primeras reflecsiones son capaces, en nuestro concepto, de convencer á todos los talentos dispuestos á la meditacion y que poseen el profundo sentido de lo verdadero. Hay otros empero que necesitan largos y detenidos raciocinios, y para ellos vamos á esponer una forma mas demostrativa.

La propiedad de la moral absoluta y verdadera, como es la del Evangelio, es estar siempre en oposicion radical con el mal moral que pretende estirpar.

Es, por lo tanto, contradictorio que el *objeto* de este mal moral pueda ser el *autor* de aquella moral.

El mal moral á que el hombre se halla sujeto, es esa ignorancia y ese disgusto del bien soberano que constituyen la esencia de nuestra naturaleza degradada. La moral evangélica está fundada en el conocimiento perfecto y en el amor absoluto del soberano bien. Es, pues, contradictorio, repetimos, que de un abismo de ignorancia y disgusto del soberano bien, como es el hombre, hayan podido salir el conocimiento perfecto y el amor absoluto del bien soberano, como es el Evangelio.

Hase dicho, con razon, que si los hombres hubiesen formado el Evangelio, seria enteramente distinto de lo que es; y nosotros añadimos, que si lo hubiesen formado tal como es actualmente, no serian hombres, es decir, espuestos á ser presa del mal moral, y que en este último caso el mismo Evangelio seria sustancialmente defectuoso, pues supondria en los hombres un mal moral que no ecsistiria.

Estudiad atentamente toda la fuerza de este raciocinio:—El Evangelio es un conjunto de preceptos rigorosos para inclinar al hombre al soberano bien; por consiguiente una de dos: ó el hombre está ecsento del mal moral, y en este caso el Evangelio es absurdo, como lo seria un remedio violento administrado á un hombre en completa salud, ó el Evangelio no es absurdo, y en tal caso el hombre puede ser presa del mal moral, y por conse-

(1) J. J. Rousseau, *Letres écrites de la Montagne*, p. 30.

cuencia incapaz de haber concebido el Evangelio; de manera que de la sola concesion de que el Evangelio no es absurdo debemos necesariamente inferir que es divino.

Es esto tan ecsacto y tan conforme á la esperiencia, que al principio de la aparicion del Evangelio en el mundo fué tratado como una locura. Se negaba su divinidad disputándole la racionalidad, y esto era justo mirado desde el punto de vista en que el Evangelio y el hombre se hallaban colocados: sin embargo, los apóstoles tomaron parte en la locura del siglo para no irritarla, y consintieron en llamar á la sublime sabiduría *necedad*, STULTITIA. ¡Lógica terrible que da una idea de cuán incapaz era el hombre de inventar el Evangelio! Habia desconocido al mal hasta el punto de colocarlo en el lugar del soberano bien, hasta el punto de divinizarlo; y no nos referimos solo á la idolatría esterior, sino á aquella otra idolatría interior del YO humano, que constituia la esencia de todas las filosofías. Era, pues, lógico que el hombre, lejos de poder encontrar una moral fundada en el conocimiento y el amor del soberano bien como la del Evangelio, no la comprendiese en mucho tiempo, se le resistiese y hasta la negase como contraria á su razon, se burlase de ella como de una necedad y una locura, y se rebelase para destruirla como un frenético que no se quiere someter al tratamiento que ha dictado el facultativo. Esto es puntualmente lo que sucedió, segun nos enseña la historia, y esto es cabalmente lo que prueba mejor que todos los raciocinios que el Evangelio es sobrenatural.

Lo que en este particular nos ilusiona es que, medio ilustrados por el Evangelio acerca de nuestro estado, y bastante curados por él para conocer que tenemos necesidad de serlo, deducimos de este conocimiento que hemos podido hasta cierto punto encontrar el remedio, y que este es producido por una razon mas superior aunque humana.

Este raciocinio implícito que constituye el núcleo y como la levadura de nuestro escepticismo, es tan falso como injusto. Esto es disputarle á Dios sus dones; porque ese limitado conocimiento de nuestros males que nos obliga á confesar la sabiduría del Evangelio, es fruto y resultado del Evangelio mismo, y por consiguiente las ideas y beneficios que de su divinidad hemos recibido nos sirven, como dijimos ya, para impugnarle y combatirle. Volvamos las cosas á su respectivo lugar, restituyamos al Evangelio cuanto de él hemos recibido, y volverémos á caer en un estado que, acerca de él, no nos será ya posible el escepticismo, y nos verémos en la necesidad de rechazarlo completamente ó de adorarlo con todo nuestro corazon.

III. Pero este importante asunto ecsije en particular un ecsámen mas detenido. Pasemos de la sintesis al análisis, y busquemos en el corazon del Evangelio el divino gérmen para contemplar en seguida cómo se desarrolla en inmensos resultados.

Recordemos primeramente, en pocas palabras, la historia del mal moral, cuyas pruebas hemos aducido en la primera parte de nuestros *Estudios*.

En el principio la naturaleza humana, criada buena y recta, permanecia adherida á su verdadero bien, que es Dios, por el uso arreglado de su voluntad. Pero por un abuso,—cuya posibilidad era necesaria consecuencia de aquella misma libertad, —el hombre se separó de su fin supremo por considerarse y creerse á sí mismo independiente de su principio. Era satélite de la divinidad, y quiso hacerse á sí propio su centro; pero desde este fatal momento, como un astro salido de su órbita, se separó de Dios y cayó en sí mismo, y de sí mismo en las demas criaturas. En aquella caida perdió el gusto y el conocimiento del bien soberano, ó mas bien aquella pérdida fué su misma caida. Sin embargo, perdiendo el conocimiento y el gusto, no perdió la capacidad ni la necesidad; y de ahí esa sed devoradora, aunque sin objeto determinado, de verdad y de amor, que le atormenta incesantemente y hace que atormente á todos los demas séres finitos como él, para obtener una felicidad infinita que está en razon inversa de su naturaleza; de ahí ese círculo de errores y desórdenes en que la humanidad está siempre girando, sin que le sea posible salirse de él, *por sus propias fuerzas*, porque le faltan para esto dos elementos esenciales que perdió: el conocimiento y el gusto de Dios.

Es curioso y triste al mismo tiempo observar los multiplicados esfuerzos de la filosofía antigua para salir de este laberinto. Las diferentes sectas de esta filosofía se repartieron el trabajo de encontrarle una salida: cada una por su parte y por distinto camino procuró descubrir al bien soberano; pero todas concluian por volver á encontrarse en su primer punto de partida, que es el YO humano, causa de nuestro estravío.

Es efectivamente notable que todas las escuelas filosóficas limitasen el hombre á sí mismo. Aquella felicidad que Sócrates y Zenon colocaban en una virtud indefinida, aspiraba solo á la tranquilidad del alma. Epicuro, que cifraba la felicidad en el deleite, lo sacrificaba todo á la soberana independencia de los accidentes de la vida que en él creia encontrar. Pirron queria sustraer el hombre al yugo de las opiniones para librarlo de la sujecion á toda especie de deberes; y la libertad que entrega el alma al puro instinto le parecia la fuente de la suprema felicidad. El mismo Epigteto, el severo Epigteto que circunscribe los deseos dentro del círculo de las mas limitadas esperanzas, hace consistir su felicidad en una vana posesion de sí mismo, mas bien ecsenta de penas que abundante en placeres: el sabio es invulnerable, decia; no puede ser desgraciado por mas infortunios que le sucedan, porque su felicidad consiste en sí mismo (1).—Esto es á lo mas que llegó la humana sabiduría: reducirlo todo al bien particular, encerrar al hombre dentro de sí mismo, y alimentarlo con su propia indigencia.

Pero ¿cómo podia suceder de otra manera? No

(1) "Esto es tomar un tono demasiado alto, esclama Bossuet, "para los hombres débiles y mortales. Pero ¡oh máscimas ver-"daderamente pomposas! ¡Oh sensibilidad afectada! ¡Oh falsa é "imaginaria sabiduría, que se cree fuerte porque es de tierra, "y generosa porque es hinchada!" (Sermon sobre la Providencia.)

conociendo ni viendo el hombre mas que á sí mismo y á las criaturas, todo lo mas que podia hacer era separarse de éstas y elevarse un poco, pero para volver á caer necesariamente sobre sí mismo, porque él era para sí su soberano y último bien. No se crea que en sí mismo encontrase su deseado reposo; lejos de esto, aquel estado era el mas intolerable, y esta era la causa porque con frecuencia se salia de él y se derramaba en el amor de las demas criaturas, que al menos engañaban su impaciencia con su inconstancia, y adormecian su inquietud envileciéndole.

En uno de esos presentimientos de la verdad cristiana, cuyos rayos, como hemos visto, le habian necesariamente herido, esclama el filósofo Séneca: "¡Cuán vil y abyecto es el hombre, si no se eleva "sobre la humanidad!" Montaigne al recordar estas palabras las califica de absurdas y descubre en ellas a confesion de la necesidad de un divino socorro: —"Hé aquí una espresion admirable y un útil de-"seo, pero igualmente absurdos los dos; porque si es "monstruoso é imposible querer abarcar con la ma-"no mas de lo que permite el puño, abrazar cosas "mas estensas que el brazo, ó saltar otras mayores "que la abertura de las piernas, mas lo es aún que "el hombre pretenda hacerse superior á sí mismo y "á la humanidad, supuesto que no puede ver sino "por sus ojos ni apoderarse mas que de lo que esté "á su alcance. El hombre se elevará si Dios le "da *estraordinariamente* la mano, si abandona y re-"nuncia á sus propios medios, y se deja ayudar y "conducir por medios puramente celestiales (1)."

No habia pues mas que una sabiduría superior al hombre, que pudiese venir á socorrerle y arrancarle, no solo de su apego á las criaturas, sino á sí mismo, á su YO, y reconducirlo á su último fin; no habia mas que una sabiduría que pudiese enseñarle que para salvarse era preciso que se perdiera en apariencias y muriese para sí mismo; no habia mas que una sabiduría, en fin, que hiciese suceder, ó mas bien, concurrir con ese anonadamiento el conocimiento y el gusto del bien verdadero, para atraer al hombre é inclinarle á que dejara los falsos bienes y se dejara á sí mismo, y de hacerlo, renacer en Dios á la vida verdadera á medida que fuese abandonando la vida estéril y corrompida cuyo principio llevaba en su corazon.

Esta trasformacion, que supone necesariamente una accion esterior, ó mas bien superior á la humanidad, fué la que el Cristo vino á efectuar sobre la tierra por medio de su *moral*, predicando la mortificacion y el amor de Dios;—por medio de sus *dogmas*, dandonos á conocer lo que Dios queria que amásemos,—y por medio de su *gracia*, inspirándonos ese mismo amor á proporcion de nuestra docilidad para conocerle y seguirle renunciándonos á nosotros mismos.—Estas tres cosas son inseparables en la doctrina cristiana, y conviene considerarlas siempre bajo un solo punto de vista.

Ocupandonos actualmente no mas que de la moral, nos concretamos á decir que solo habia una sabiduría superior al hombre que pudiese enseñarle que, para salvarse, era preciso que empezase por aborrecerse, y que pudiese pronunciar estas palabras: *¡bienaventurados los que lloran!* &c.

Nunca hubiera podido el hombre por sí solo imaginar estos caminos para llegar á la bienaventuranza, porque la entrada en estos caminos se hallaba obstruida y defendida por el instinto de su conservacion propia. Esta era la única salida del laberinto, y era imposible que el hombre la encontrara, pues todos sus esfuerzos tenian directamente por objeto el evitarla.

La solemne RENUNCIA de todo y hasta de sí mismo en vista del amor de Dios, es decir, el SACRIFICIO, este es el principio evangélico, y como el *divino gérmen* de toda su moral. Pero aun se halla mas particularmente compendiado en aquellas palabras del Evangelio, que no han podido salir de ninguna boca humana:—EL QUE QUIERA VENIR EN POS DE MÍ, RENUNCIESE Á SÍ MISMO, LLEVE SU CRUZ Y SÍGAME. QUIEN QUIERA SALVAR SU VIDA, DEBE ANTES PERDERLA; Y EL QUE PIERDA SU VIDA POR MI AMOR, LA SALVARÁ.

Pero si la divinidad de este principio se manifiesta de este modo en su gérmen, resplandece aun mucho mas en su desarrollo y aplicacion.—En él toman orígen todos los desenvolvimientos morales á que el hombre puede aspirar. Él es el alma de todas sus relaciones, y el que lo restablece en su lugar enfrente de todo. Él es, en una palabra, la verdadera ley de la restauracion y del progreso de la humanidad.

Una materia tan estensa, ecsije un párrafo especial.

§ II.

El hombre se halla naturalmente colocado enfrente de cuatro objetos principales:—1.° Dios, —2.° sus deberes,—3.° los hombres,—4.° él mismo.

Vamos á considerar la divina escelencia del principio evangélico bajo estos cuatro puntos de vista.

1.° Con relacion á Dios.

Hay en la doctrina evangélica una palabra, que es para el mundo objeto de burla y muchas veces de terror; esta palabra es LA MORTIFICACION. Parecerá, pues, una paradoja decir que no hay palabra mas amable, mas suave, mas tierna, y añadir, sobre todo, que no hay ninguna mas esperimentalmente conocida en el mismo mundo.—Pues bien, todos estos enigmas quedarán esplicados haciendo observar que en el sentido evangélico, la palabra MORTIFICACION es inseparable y como sinónima de la de AMOR.

Efectivamente, el amor importa el *desamor* de todo lo que es contrario á su objeto; y aun no ecsistiendo nada contrario á su objeto, la abnegacion, la espansion y la tendencia de la persona que ama por confundirse con el objeto amado, y vivir solo de su vida, constituirian ese *desamor propio* relativo, que no es otra cosa que la renuncia, la muerte de sí mismo, es decir, la *mortificacion*.—*Amar es dar la vida por sus amigos*, dijo Jesucristo, que tantos de-

(1) *Essais*, lib 4, cap. 12.

rechos tenia á definir el amor: en otra parte de los libros sagrados hay tambien estas otras palabras: *El amor es fuerte como la muerte*, FORTIS UT MORS DILECTIO.

Trascribirémos un pasaje de San Francisco de Sales, que completará nuestro pensamiento.

"Hablando Platon del amor, dijo que era pobre, "andrajoso, nudo, descalzo, cautivo, sin casa ni ho-"gar, durmiendo al sereno sobre el duro suelo, vi-"viendo á la puerta de las casas, y siempre indigen-"te.—Es pobre, porque lo deja todo por el objeto "amado; no tiene casa, porque hace salir al alma "de su domicilio para ir siempre en seguimiento "del amado; vive como un mendigo puesto á las "puertas de las casas, porque el que ama está sin "cesar pendiente de las miradas y palabras de la "persona amada, y siempre arrimado á sus oidos "para pedirle favores, de que no se ve nunca satis-"fecho. Y en fin, su destino es vivir siempre en "la indigencia, porque si alguna vez se ve satisfe-"cho ya no hay ardor, y por la mismo ya no hay "amor.—Sé muy bien, ó Teótimo, que Platon ha-"blaba así del amor abyecto, vil y cautivo de los "mundanos; pero no del amor celestial y divino, en "el cual se encuentran todas las verdaderas propie-"dades del amor (1)."

Tal es, pues, la relacion que ecsiste entre la mortificacion y el verdadero amor, que no puede definirse al uno sin definir á la otra.

Establecido este precedente, y siendo Dios fuente y océano de todas las perfecciones, soberanamente digno de ser amado, como dijimos ya en el capítulo sobre *la Religion natural*, preferir á él cualquiera cosa, y sobre todo, nosotros mismos, es no amarle. Es pues necesario que nuestro amor por él sea tal, que cualquiera otro amor le ceda el lugar en nuestro corazon. Es necesario que nuestro corazon se desprenda de todo, en una palabra, que muera á toda aficion esclusiva para unirse á él con preferencia. Este es el principio de la mortificacion cristiana; en esto consiste el amor de Dios *práctico*, es decir, el primer principio de la religion natural *realizado*.

Fuera del cristianismo, y en los variados sistemas religiosos ó filosóficos que han tenido dividida á la humanidad, nunca fué conocido este principio, porque, ó se ofrecian á la divinidad sacrificios esteriores y actos de mortificacion material, que en nada interesaban al corazon, lo cual era una pura supersticion, ó se entregaban los hombres á un amor especulativo del bien soberano, que se evaporaba en teorías y terminaba en gozar de placeres propios, porque le faltaba el desapego á todo lo que es incompatible con su naturaleza. Todo procedia de la ignorancia y de la debilidad natural de la humanidad.

Solo el Evangelio podia hacer desaparecer esta discordancia, uniendo el principio de la mortificacion al del amor. El Evangelio fué, por decirlo así, el que amalgamó aquellos dos principios en uno solo, y por este medio echó un puente sobre el abismo, y nos volvió á poner en relacion con la primera de todas las verdades.

Conviene pues no equivocarnos acerca del principio de la mortificacion evangélica: conviene no considerar á la humanidad como un gran culpable, recibiendo sobre el cadalso los golpes de una justicia inecsorable que nada es capaz de ablandar, y al cristiano como un esclavo que se humilla á la vista de los azotes, y se castiga á sí mismo delante de su dueño. Esto seria caer en un asceticismo desmedido, que sublevaria justamente á toda la naturaleza; error á que se ha inclinado un filósofo moderno, M. de Maistre.—Pero es preciso no hacerse ilusiones: el amor de Dios, primer principio de la Religion verdadera, está erizado de dificultades dentro y fuera de nosotros mismos, porque degradados, como nos hallamos, nacemos en un estado contrario á este amor. Es preciso no disimularnos toda la importancia de este lado severo del Evangelio, y persuadirse que no se puede eludir, aun entregándose á una delectacion imaginaria y superficial, sin consecuencia y sin moralidad, la cual desechariamos, si nuestros amigos hiciesen consistir en ella la amistad que nos profesen. Esto seria inclinarnos hácia el quietismo, error no menos peligroso que el primero.

Si el hombre hubiera permanecido en su estado normal, habria amado á Dios sin esfuerzo, naturalmente, del modo que ama ahora los honores, los placeres, las sensualidades; y en semejante estado no hubiera comprendido cómo era posible amar todas esas cosas groseras y transitorias, que ahora no sabe comprender cómo puedan abandonarse para amar á solo Dios. Pero desde que el hombre perdió á Dios se entregó á ellas con avidez, y por un instinto imperecedero de su primitivo destino les trasfirió todos los atributos del mismo Dios. Aunque sea con la sola ayuda de la razon, ¿puede imaginarse mayor y mas insigne desvarío? Sin embargo, la pendiente por donde somos arrastrados es tal, que es necesario resistirnos á nosotros mismos y hacernos superiores á la razon si queremos advertir que estamos deslizándonos por ella. En tan deplorable estado, ¿qué es menester pues para volver á entrar en órden y razon, sino dejarlo todo para encaminarnos á Dios, del mismo modo que habiamos abandonado á Dios para darnos á todo lo demas? Tal vez nos costará mucho este sacrificio, porque en medio de nuestra ignorancia y depravacion no conocemos ni nos gustan mas que esas cosas que debemos dejar, y Dios se nos figura una abstraccion quimérica; pero si pudimos perder el gusto de complacernos en Dios abandonándolo para entregarnos á esas indignidades, ¿no debemos esperar que perderémos el gusto de complacernos en esas indignidades, abandonándolas para entregarnos á Dios? En verdad que entre nuestra caida y nuestro retorno hay la diferencia de que este tiene contra sí el peso de nuestra naturaleza corrompida; pero precisamente el mismo Dios descendió hasta nosotros, en la persona de Jesucristo, para levantarnos por medio de su gracia y darnos aquí en la tierra la fruicion anticipada de Dios, gusto que se desarrolla y

(1) *Tratado del amor de Dios*, lib, 6, cap. 15.

aumenta á medida que es mayor nuestro desasimiento de las criaturas, el cual debe ser el primero ó al menos corresponder con fidelidad á los aucsilios de la *gracia*, porque nada puede obrarse en el hombre sin la cooperacion de su libertad.

El principio de la renuncia de sí mismo y de la mortificacion es por consiguiente el principio esencialmente generador del amor de Dios con el cual se confunde, y el primer móvil de nuestra restauracion y de nuestro progreso hácia ese supremo fin de nuestro destino. Nada puede hacerse, ni nada puede concebirse sin esto: debemos, si nos es lícito hablar así, empezar por *desencantarnos*.

Observemos bien todo el rigor y al mismo tiempo toda la sabiduría de esta ley. No se limita á romper los lazos que nos unen esteriormente á las criaturas dejándonos en seguida abandonados á nosotros mismos, lo cual seria una supersticion vana é inconsecuente, porque no son nuestros bienes lo que Dios quiere ni se satisface con víctimas groseras. Su ley es *espíritu y verdad*. Ecsije que nos demos á él todo enteros, que le entreguémos nuestro espíritu y nuestro corazon á fin de que seamos felices y le glorifiquemos. Sacrificarlo todo sin sacrificarnos á nosotros mismos, seria no sacrificar nada, seria reservarnos el centro de nuestras posesiones y como la mayor fortificacion de la plaza. El Evangelio condena mucho mas enérgicamente esa adhesion farisaica de nuestras personas á sí mismas que todos los estravíos y espansiones esteriores. Por esto (admirémos la fuerza de los argumentos evangélicos) no ecsije el Evangelio el sacrificio *material y efectivo* de nuestros bienes y afecciones legítimas, sino el desapego *moral*, el desinterés *interior* y *espiritual*.—No quiere cambiar mas que el corazon.—Beatifica á los pobres de *espíritu*. Si ensalza la suerte de los pobres y desgraciados, no es porque la pobreza y el infortunio puedan por sí solos llevarnos al cielo, sino porque en semejante estado el desasimiento interior es mas fácil porque les basta la pura aquiescencia. Igualmente si truena contra los ricos, no es porque son ricos, sino porque siendo ricos les es mas difícil sentir y pensar como si no lo fueran.—El sentimiento y el pensamiento, el corazon y el espíritu, hé aquí lo que quiere el Dios del Evangelio, á diferencia de todos los dioses falsos.

Es verdad que esto no es poco; al contrario, en esto consiste y se halla compendiado todo; pero precisamente porque es el todo, los hombres no lo hubieran nunca sacrificado; de modo que podemos decir, que el Evangelio que lo reclama no puede dejar de ser divino:—Pero si la ecsijencia de este sacrificio procede de Dios, su rigor consiste en nosotros, en nuestra degradacion, que es efecto del abuso de un don de Dios: la libertad. Lo que procede de Dios es el conocimiento que ha querido infundirnos de sus perfecciones despues de nuestra degradacion, en cuyo conocimiento se hallan vinculados los aucsilios que nos ha dado para volver á él: lo que procede de Dios es las reprensiones interiores que sentimos, y el haber él mismo suavizado por medio de la uncion de su *gracia* el sacrificio de nuestros falsos bienes. Por esto si este paso es penoso de una parte, de otra es inefablemente suave; participa de los dos estados que se suceden, y que luchan entre sí con mas ó menos ventaja, segun que nuestra voluntad corresponde mas ó menos puntualmente á los aucsilios que se nos dan, los cuales nos están esperando á la entrada de nuestro corazon para coincidir con nuestro sacrificio. Así se esplican todos aquellos pasajes del Evangelio en que su divino Autor no habla nunca de rigor y de mortificacion sin hablar al mismo tiempo de suavidad y de vida.—"Tomad sobre vosotros mi "*yugo*, dice, y.... hallaréis *el descanso* de vues-"tras almas; porque mi *yugo es suave* y mi *peso li-"jero*."—¡Estraña oposicion! ¡Un *yugo* que *descansa!* Sí, porque nos libra de todos los yugos. ¡Un *yugo suave!* Sí, porque es el yugo del amor. —En el amor de Dios se halla en efecto la vida que se creia haber perdido por la mortificacion, pero una *vida eterna*, una vida completa, libre, profundamente tranquila, y no obstante siempre ardiente y fervorosa. En él se hallan hasta los bienes y afecciones de la vida presente, y solo se encuentran cambiados el principio y la naturaleza de nuestra aficion por ellos. Ya no se posee nada en sí mismo sino en Dios, á quien todo se dirije, y se goza de todo en la medida de su verdadero valor, de su valor comparativo con aquel bien supremo que todo lo domina, lo ennoblece, y nos proporciona los goces verdaderos compensándonos abundantemente de su privacion.

Esta es la teoría del amor de Dios, es decir, del principio evangélico de la mortificacion con relacion á Dios. Por este medio entra el hombre á ocupar su lugar cara á cara con su primer principio, rindiéndole el mas perfecto homenaje que puede ofrecerle una naturaleza caida, homenaje de expiacion, de penitencia y de amor. Si hay alguna religion verdadera, racional y divina (y es preciso que haya una), seguramente es la que ofrece á Dios en holocausto el mismo corazon del hombre, y con él toda la creacion que se le reasume y de la cual es como el recipiente.—Este es el verdadero *en espíritu y verdad* de la religion natural, que vino el cristianismo á realizar sobre la tierra purgándola de todas las supersticiones que la manchaban.

II. Ecsaminemos ahora la escelencia *absoluta* (es decir, *divina*) del principio evangélico con relacion á nuestros *deberes*.

Segun la moral humana, el criterio de la virtud y del deber está fundado en el interior de nosotros mismos, y en lo que nos rodea inmediatamente:—la estimacion pública, nuestra propia estimacion.—Su objeto determinante es asimismo nuestra posesion y nuestra tranquilidad personal, es decir, el interés y el amor bien entendidos de nosotros mismos. Esto es tan ecsacto, que si pudiésemos gozar de la estimacion pública y tener la conciencia tranquila, prescindiendo de las dificultades de la virtud, obrariamos el mal sin pensar en él.

Creemos poder decir que el menor de los inconvenientes de esta moral es el ser estacionaria, el ser